

incluso, algún breve aforismo machadiano en asonante. Se trata de exploraciones experimentales: desmitificación o desvelamiento de la poesía. Pero, en última instancia, Marco no nos oculta a qué lector, a qué eterno lector de poesía se dirige:

¡Ah, lector de poetas,  
pobre hombre, esconde tu ver-  
[glu]enza,  
tu vida triste y siempre soll-  
[tar]ia,  
en el deseo insatisfecho,  
vencido por la vida,  
avergonzado sentimental de-  
[ll]uciescente,  
modernista, muere y canta!

En la estilización y reelaboración de algunos temas de la poesía romántica —e incluso de alguno de la modernista— reside en efecto quizá la característica más singular de la poesía de Joaquín Marco: adivinamos en él a un poeta verleniano, poeta de los parques y de su intimidad, de los crepúsculos, de los amores idos, del transcurso del tiempo, de la silenciosa marea de los recuerdos, de la soledad y el encuentro de los amantes de antaño. Más que un prerromántico (como, invocando incluso a la sombra de Sánchez Barbero, se ha dicho) un romántico, particularmente cuando más parece negarse a serlo: como en el Byron de Don Juan o el Espronceda de El diablo mundo, la distorsión, la ironía y el prosaísmo deliberado son en Marco, a la vez que necesarios instrumentos críticos, armas defensivas, máscaras con las que el «poeta asesino» encubre su intimidad emotiva. Tanto como el extremo impudor, el extremo pudor es propio del romanticismo: el Bécquer de «poesía eres tú» pudo también decir, mintiendo a todas luces: «... pero yo, amada mía/creo, cual tú, que una oda sólo es buena/de un billete de Banco al dorso escrita». Como estudioso y crítico, sabemos que Marco ha frecuentado el siglo XIX: se le deben trabajos sobre Ayguals de Izco, sobre Campoamor, sobre la novela decimonónica. Más que en una influencia del crítico sobre el poeta, creeré en una afinidad de temperamento con algunos sectores de la literatura romántica y postromántica.

Algunos crímenes y otros poemas sitúa en su perspectiva adecuada a un poeta que ha seguido una trayectoria ciertamente inusual en el panorama de nuestra literatura de posguerra. ¿Será una paradoja que el autor de Fiesta

en la calle (1961) lo sea también de Algunos crímenes y otros poemas? No, por cierto: quien lea con atención aquel libro —quizá demasiado apresuradamente encasillado por algunos en su día en la corriente entonces dominante de poesía civil— hallará en él al poeta de la ironía y la nostalgia de las pequeñas eternas cosas. Y, a buen seguro, quien lea atentamente Algunos crímenes y otros poemas no dejará de reconocer, tras los fuegos y juegos de artificio, al poeta de Fiesta en la calle y Abrir una ventana a veces no es sencillo. Testimonio de la «edad conflictiva», la poesía de Marco, evolucionando sin negar sus constantes, ha salido indemne ya de más de una prueba del fuego. ■ PERE GIMFERRER.

En la sección «Libros de nuestro anterior «Arte, letras, espectáculos», publicamos el trabajo titulado «Un perfil de Stravinsky», original de Pere Gimferrer, que apareció sin su firma. Subsananos ahora esta errata que somos los primeros en lamentar.

### Por los siglos de los siglos cada loco con su tema

El alicaído ambiente cultural barcelonés parecía condenar de antemano al fracaso el acto de presentación del libro «Pels segles dels segles», de Nuria Pompeia. Un libro en el que se combinan dos relatos en mutua apoyatura: el literario y los dibujos. Nuria (nuestra co-creadora de «La educación de Palmira») ha publicado hasta ahora otros dos libros de dibujos. El primero de ellos, «Maternasis», fue traducido al francés (sólo el texto, naturalmente) y mereció una exégesis cordial por parte del semanario L'Express. No sé si ustedes se dan cuenta de lo que para los peculiares autores del país significa ser glosado en L'Express. Por si no son sensibles a ello, les diré que en L'Express en estos últimos años el único español que ha salido es Jorge Semprún. Quédense boquiabiertos mientras sigo con mi tema.

Pues a lo alicaído, triste, de-rruidista, irritado, somnoliento del ambiente cultural barcelonés que parece no haberse

recuperado de la resaca producida por la fiesta de fin de año de 1970, la presentación del libro de Nuria fue un éxito. Dirigían el coloquio la propia Nuria, la joven novelista catalana Montserrat Roig, el arquitecto y publicista Oriol Bohigas, el escritor Giménez Frontín, el novelista y guionista de «comics» Víctor Mora, el periodista José María Huertas y Perich. El acto se celebraba en la librería Trilce, uno de los locales que cimentaron y vieron el clima de bonanza cultural de hace unos dos o tres años. Ahora es uno de los dos supervivientes,

gas, que según parece nunca ha leído un tebeo, se mostraba muy displicente hacia lo subcultural. En días pasados había declarado que todo eso de la cultura de imagen le sonaba a camelo y que incluso el cine es un medio de expresión subdesarrollado. Nuria decía que su aportación al coloquio ya estaba hecha (el libro) y que no tenía nada más que decir. Perich rompía lanzas en favor del «comic» y de la cultura de la imagen. Huertas intentaba llevar a los coloquiante a una solución de compromiso. Montserrat Roig estaba sentada física y espiritualmente al lado de Vic-

res, algunos autores preguntaban si les iban a liquidar algo de derechos de autor a fines de año. Los editores levantaban los ojos al cielo y abrían los brazos intentando abarcar el país.

—¿Pero tú sabes en qué país vives?

Los escritores no lo sabían o fingían no saberlo. El tema de conversación generalizado es el cansancio y desconcierto que parece haberse apoderado de la casta intelectual del país. Ya en la calle circula el rumor de que Calvo Serer actualmente reside en Londres. A Nuria la traducen al francés y Calvo Serer se va a Londres.

El eterno recurso de la fuga de cerebros. ■ BARONEÑA D'ORCY.

### Octavio Paz, o la imaginación dialéctica

«Desde que abrí los ojos —escribía Octavio Paz en cierta ocasión ya lejana—, me di cuenta de que mi sitio no estaba aquí, donde estoy, sino en donde no estoy ni he estado nunca. En alguna parte hay un lugar vacío y ese vacío se llenará de mí y yo me asentará en ese hueco que insensiblemente rebosará de mí hasta volverse fuente o surtidor. Y mi vacío, el vacío de mí que soy ahora, se llenará de sí, pleno de ser hasta los bordes». Este es, autorretratado, Octavio Paz: un hombre lúcido y solitario en busca de su propia existencia. Aunque ha recalado y profundizado en las más diversas e inquietantes experiencias vitales, éstas —Japón o Cambridge, Nueva Delhi o Teotihuacán, Buda o Lévi-Strauss, Sade o Sor Juana Inés de la Cruz—, sólo han contribuido a conformar, sin contaminarlos, sin forzarlos apenas, los límites culturales de ese perturbador vacío personal, de esa inevitable y anhelante investigación en pos de una realidad absoluta, de una experiencia total e intransferible. Porque si algo en Octavio Paz sorprende al lector de buena fe —y no cabría otra clase de lectores— es precisamente su capacidad de incontaminación. «La poesía de Paz —afirma Carlos Fuentes en el prólogo a «Los signos en rotación y otros ensayos» (1)— es la lectura de un mundo verdadero y humano, ajeno en todo al gran mal de la

(1) Octavio Paz, «Los signos en rotación y otros ensayos». Prólogo y selección de Carlos Fuentes. Alianza Editorial. El Libro de Bolsillo. Madrid, 1971.



arruinados los otros por lo mucho que se publica y lo poco que se lee.

Entre el público un cierto despliegue cultural. Allí estaba Castellet sentado en el suelo, como un 92,7 por 100 de los asistentes; también Pedro Altares (que no se sentó en el suelo); Chamorro pontificaba en un rincón inesperadamente rojo, pero tan valleinlesco como de costumbre; mucho profesional del «comic» por aquí y por allá; Guillermina Motta, que está a punto de grabar canciones de Barbat en catalán y de Vázquez Montalbán en castellano; el propio Vázquez Montalbán, con el ceño cuidadosamente fruncido; Rosa Regás, una de las musas del pasado esplendor cultural de hace unos veinte meses.

Pronto se vio que el coloquio, más que centrarse sobre «Pels segles dels segles», iba a ser un debate sobre la legitimidad del «comic», y en definitiva, de la legitimidad subcultural. Víctor Mora rompía lanzas en pro del «comic» como un medio de comunicación más, digno de que no lo monopolice la reacción. Bohi-

tor Mora. El público estuvo casi todo el coloquio en actitud contemplativa, salvo alguna excepción.

De hecho, el asalto a la fortaleza de la cultura noble, defendida por Bohigas, fue el supuesto táctico que polarizó el tema y los argumentos. En vano Giménez Frontín trató de llevar la cosa a otras alturas o profundidades. Giménez Frontín dijo que el mensaje de la Pompeia era ambiguo y preguntó si era una ambigüedad voluntaria. Nuria respondió ambigüemente. Desapareció el Guadiana de la ambigüedad gimenezfrontinista, pero, como todo Guadiana, reaparecía. El público estaba poco preparado todavía para tratar de buscar una moral de la ambigüedad. Prefería el plato hondo del tebeo sí o no.

Terminó el coloquio con la presencia de Salvador Páiker, que llegó con un tono vital altísimo. Daba palmadas en las espaldas y trataba de organizar una cena. Víctor Mora aprovechaba las despedidas para seguir predicando la regeneración del «comic». Como había bastantes edito-